



Ramón Gaya

Homenaje a los pinos de Roma

Lágrimas dulces



ÁNGEL BARRIO BOBO

A LDEADÁVILA de la Ribera,
2 de febrero de 1989.

Querida Lucía:

No me pesa el silencio porque es mío. Por primera vez desde que tengo memoria lo percibo leve y placentero. Tú sabes lo activo que soy y que no puedo estar ni un momento sin hacer algo, pues desde que estoy aquí apenas hago nada fuera de las horas del trabajo: paseo por el pueblo, me quedo largo tiempo mirando las encinas con sus misteriosas formas, las laderas de estas montañas que al tiempo que parecen protegernos nos amenazan silenciosas, estoy en la habitación del hotel sin hacer nada, miro por la ventana. Yo creía que esto era perder el tiempo, ahora me doy cuenta que algo se estaba fraguando en mí y que, fundamentalmente,

este silencio agradable me introduce por primera vez en mi propia realidad, en lo que yo realmente pienso y sobre todo sueño; me hace pensar en mi vida y en mi mundo, no siempre de acuerdo. Pero quiero decirte que te echo mucho de menos —creo que el sentimiento de ausencia no es tanto por el tiempo que hace que no tienes a la persona deseada a tu lado como por el tiempo que falta para tenerla—, a veces estoy tentado de coger el coche y aunque sólo sea por unas horas ir a verte, a contártelo todo y a quererte, sobre todo a quererte, porque si durante esta última temporada me has visto distante y callado, no es, como me decías en nuestra última discusión, porque me haya cansado de ti, no, ha sido porque me estaba tragando toda esta historia yo solo, porque tenía que vivirla yo solo, y porque ellos no me habían dado permiso para contarlo a nadie y, aun-

que tampoco me lo prohibieron, me pareció más oportuno no hacerlo. Pues vaya misterios, me dirás tú, entre nosotros no debe haber secretos, y yo volveré a repetirte que no estoy de acuerdo, que una cosa son los sucesos que nos conciernen a los dos, una cosa son los sentimientos, los lazos sociales y la vida cotidiana que nos une y otra nuestra propia esencia y nuestra propia vida. Ahora me dirás que tu vida soy yo, y eso no lo puedo aceptar, ni quiero esa responsabilidad, ni quiero que seas tan pobre como para limitar tu vida a una persona, debes tener esa vida que no tienes o que tienes pero que ni aceptas ni tratas de desarrollar. No quiero discutir, no quiero que esta carta vaya por esa línea, deseo decirte que te quiero, que al leer esta carta sientas mis labios sobre los tuyos, que llevo en mi boca tu sonrisa y que a veces tengo que mirarme al espejo para saber si sonrío yo o eres tú la que lo haces a través de mis labios. Quiero que sepas que no me siento sólo aunque no estés a mi lado pues te llevo en todo mi cuerpo y en todo mi recuerdo. Quiero que sepas que te amo porque no sabría no hacerlo. Quiero que comprendas que aún así, no sólo tú formas mi vida, que una parte de mí es autónoma y tiene su propio mundo que ni siquiera tú debes condicionar.

Me he quedado perdido en el vacío unos minutos. Sobre la mesa de la habitación tu fotografía me mira entre niebla, es aquella fotografía que te sacó Julia a sus cinco años, por eso está borrosa como si hubiera atrapado la imagen de un sueño, pero en ella está tu sonrisa y el aire que te envuelve. Recuerdo que en tu última carta me decías que Julia ya es una mujercita y que tenemos que hablarle de todo lo del sexo, que tú ya has empezado cuando le diste el tampax y que todo lo difícil te toca a ti y lo hermoso a mí. Puede que tengas razón, no es lo mismo disparar la imaginación con ella y contarle historias fantásticas que hablarle de cosas serias o cotidianas. ¿Recuerdas el apuro que pasamos cuando tuvimos que hablarle de Dios?, unos agnósticos intentando dejar la duda para no inclinar la balanza hacia una

de las partes. Pero no debes preocuparte tanto por lo del sexo, estoy seguro que ella ya sabe prácticamente todo, ha habido cosas de las que le hemos hablado y que además la escuela de ahora no es como la que tú y yo vivimos. De acuerdo, aún así es bueno que hablemos. ¿Recuerdas un dibujo que hizo Julia hace años, aquél que era como una estrella de nueve puntas cortadas por dos círculos, uno en su centro y otro cortando los picos?, pues lo he vuelto a ver hace poco, y lo curioso es que lo he visto con los mismo colores. Pero eso quiero contártelo cuando te hable de ellos. Estoy seguro que me entenderás. Si a mí me cuentan lo que me está sucediendo no lo hubiera creído, pero sé que tú, a pesar de esa aparente ignorancia de la que te gusta hacer gala, entiendes más allá de las palabras, sobre todo si se trata de algo extraordinario, como son ellos, y no quiero darte más pistas hasta que no me centre en el tema.

Me he vuelto a quedar absorto pensando en todos estos días. Pensaba que debemos aceptar la realidad, no la externa y explicativa, sino la propia, hacerla nuestra y por tanto variable, modificable, explicativa de nuestra propia cadencia y nuestro paso por el mundo; decir adiós, sin marcharnos, a toda realidad que no parta de nosotros; estar siendo en el propio deseo. No acabo de explicarme todo el cambio que estoy experimentando, es posible que pienses que todo son disculpas para no verte, para huir de ti, pero no es así.

No sé si me explico, no sé siquiera si yo tengo claro todo lo que está ocurriendo dentro de mí. Estoy cansado. Lo he decidido, mañana voy a verte y te lo cuento todo aunque ello signifique ocho horas de viaje y sacrificar el sueño. Un beso muy fuerte en ese hoyito que tienes cuando te ríes. Dale otro a Julia.



Aldeadávila de la Ribera,
2 de febrero de 1989.

que ya le explicaré. Mejor no le digas nada,
dale un abrazo.



Querida Lucía:

No he podido ir a verte. Surgió una avería en la turbina y hemos tenido que trabajar hasta altas horas de la noche. Cuando llegaba a la habitación estaba tan cansado que lo único que podía hacer era pensar en ti, ni siquiera he enviado la carta del otro día, pero me agobia tu ausencia hasta límites que nunca llegué a sospechar. Nunca había tenido este sentimiento de vacío, pero a la vez de alegría porque creo que estoy haciendo lo que debo hacer. Es extraño todo y no es fácil de explicar, creo que todavía será necesario esperar. Ya sé que estás impaciente y que no entiendes nada —prefiero pensar esto a lo que me decías en tu carta de que si todo este montaje no es otra cosa que una despedida cobarde, a veces dices cosas que me duelen mucho—, ya sé que Julia ya no es una niña y empieza a hacer preguntas que no son nada fáciles de contestar.

Son las doce de la noche y estoy muy cansado. ¿No sientes una caricia en tu mejilla?, todas las noches beso la almohada soñando que son tus labios. No te vayas, quédate un rato más a mi lado. Hoy no quiero contarte nada de ellos, quiero que hablemos tú y yo desde nuestro silencio, que nos encontremos desde nosotros mismos, ya sé que pensarás que últimamente te digo muchas tonterías y que lo que tendría que hacer es volver a casa, charlar y comenzar de nuevo. No se trata de ninguna crisis como dices, ni de personalidad, ni la de los cuarenta, o al menos eso creo yo; es algo más, algo distinto, es como reconocerte de repente, como si la imagen que hasta ahora había visto en el espejo no hubiera sido la mía. No quiero agobiarte más ni quiero cansarme dándole vueltas a lo que tengo claro pero no puedo explicar. Mañana te escribiré con más claridad, o al menos lo intentaré, intentaré hablarte de ellos de una vez.

Un beso para ti y otro para Julia, dile que no la ovido, que no lo haga ella tampoco,

Aldeadávila de la Ribera,
7 de marzo de 1989.

Querida Lucía:

He recibido tu carta. Tienes razón para estar enfadada, lo entiendo. Yo sé que te he escrito, pero tú no tienes la prueba porque no he enviado las cartas, me olvidé de hacerlo o acaso no deseaba hacerlo. Quisiera hablar contigo de todo esto, por eso hoy estoy decidido a escribirte todo lo que ha ocurrido. Es sábado y no trabajo —no te preocupes, entiendo también que fueras a preguntar a la empresa si realmente tenía tanto trabajo para no poder ir los fines de semana a casa, olvida el qué dirán y las explicaciones que tenga que dar a los compañeros, ya somos mayores para saber lo que hacemos y debes saber que en el fondo de todos los curiosos sólo hay pura morbosidad—, te decía que es sábado, son las cuatro de la tarde y tengo mucho tiempo para contarte todo.

Comenzó a primeros de enero —aunque creo que todo esto se va fraguando poco a poco en nuestro interior—. Venía hacia este pueblo y sabía que tenía que estar varios meses aunque, por supuesto, podría regresar a casa los fines de semana, tampoco hay tantos kilómetros. Desde el coche se veía un día precioso, el sol doraba las pocas hojas amarillas que quedaban en las encinas y el cielo tenía un azul brillante. Venía pensando en nuestra última discusión y al mismo tiempo gozando de las perspectivas de tener tiempo para estar solo y pensar en nosotros. Recuerdo que me excité pensando en ti y en nuestra última noche, tras la discusión. Después de pasar un puente que salva una de las colas del embalse de Almendra, en un

valle que se extiende a la izquierda según se viene, vislumbré un extraño resplandor, un escalofrío recorrió mi cuerpo y recordé, sin venir a cuento, la estrella de nueve puntas que dibujó Julia. El coche comenzó a perder potencia lentamente hasta que se paró frente al resplandor. Era éste de color plateado y algún que otro tono de color naranja difuminado que aparecía y desaparecía cambiando de posición. Todavía ahora, cuando te escribo los sucesos no dejan de recorrer mi cuerpo breves pero continuos escalofríos. La luz se acercaba a mi coche y yo estaba paralizado. No sé el tiempo que transcurrió hasta que la luz estuvo frente a mí a escasos metros —después comprobaría que no pasó el tiempo pues llegué a mi destino a la hora prevista—. Ahora lo veía con claridad, era un objeto esférico de color ambar sin ningún tipo de señal que indicara que existía alguna puerta u orificio. La luz que despedía era ahora más suave y más anaranjada. Estoy seguro que pensarás que estaba influenciado por la revista que compraste el último fin de semana que estuve en casa y que hablaba de estos temas, yo también lo pensé e incluso creyendo que me había quedado dormido y que podría darme un golpe, me quité las gafas para comprobar si seguía viendo, pues cuando sueño no las necesito para ver, pero como me temía no veía más que sombras. Me puse las gafas y volví a mirar el objeto. Una parte de su superficie se estaba haciendo transparente y comenzaban a verse unas cabezas más pequeñas que las de los humanos. Salieron dos sin que en la nave se abriera ningún orificio y delante de ellos comenzó a interponerse, como si se fuera dibujando en el espacio con algún spray invisible, la estrella de Julia. Yo había pasado de la sensación de miedo a la de tranquilidad, no me preguntes el porqué, no lo sé. Así pasaron mucho tiempo, creo yo, ellos frente a mí y entre ambos el dibujo flotando en el espacio. No hablaban pero yo sabía que me estaban diciendo que volverían a verme, que por hoy ya estaba bien. Sus ojos, enormes comparados con su cabeza y de un negro precioso, me sonreían. Subieron a su

nave de la misma forma que bajaron y ésta comenzó a alejarse. Según se iban perdiendo en el espacio la estrella iba perdiendo color y desapareciendo. Cuando ya no pude verles miré al frente, fui a coger un cigarrillo y vi en el asiento del coche un papel, o algo así, pues es de una textura desconocida para mí, en el que estaba representada la estrella, ahora reposa en la mesa desde la que te escribo. Desde entonces les he visto cada poco tiempo y en diversos lugares, han sido ellos los que me han ayudado a verme mejor a mí mismo y ésta es la razón por la que ni te he escrito ni he vuelto a casa. No sé el tiempo que tardaré en regresar, quiero estar seguro del camino que he de seguir a partir de ahora. Pero te amo más que nunca, eso no debes ponerlo en duda jamás, no puedes imaginarte lo que echo en falta tu voz, tus caricias, tu presencia.

Yo sé que tú crees en la posibilidad de que existan seres fuera de la tierra, por eso te cuento esta historia que fue la que se me ocurrió cuando, a primeros de enero, venía para aquí. No sabía cómo decirte lo que me ocurre si no recurría a algo entendible para ti, pero lo cierto es que no he podido hasta ahora contarte, ni siquiera con la excusa de los extraterrestres, mi situación, aunque cuando te escribía en las cartas anteriores de ellos, creo que casi llegué a creérmelo yo también, y lo cierto es que eso me ha ayudado a continuar, a no pensar en el daño que estaba causándote y poner la vista en el mañana, en lo positivo que de todo esto vamos a sacar los dos, pues aunque sea algo personal va a repercutir en nosotros y estoy seguro que para bien, pero no quiero engañarte, de lo que te cuento de esos seres nada es verdad, solamente el final, que te amo como nunca lo ha hecho, de una forma más consciente, dándole importancia a las cosas que realmente importan y que creo que son las que menos se ven y quitándosela a las que sólo nos vienen dadas desde fuera y nada tienen que ver con nosotros. Estaba harto Lucía, harto de tener que dar una imagen de mí que no era la que yo en el fondo sentía, harto de actuar

para que me quisieran y no para querer, hartado de esconderme continuamente en ideas que me han hecho creer desde la escuela, desde el sindicato, desde los amigos, desde mis padres y hasta desde ti, y quiero salvar nuestro amor, no quiero destruir lo mejor que me queda, pero quiero ser de otra forma, no te asustes, no se trata de cambiar de forma de vida, sino de ser vida, de sentirla latir.

Estoy cansado. Son las seis de la tarde y nota la cabeza pesada, pero quiero acabar la carta y enviarte las tres, ya tengo preparado el sobre y cuando acabe ésta saldré a echarla al buzón.

No sé si me entiendes, si no es así, te pediría un voto de confianza, aunque odie esa palabra. De repente un día te das cuenta de que estás viviendo con una rapidez que no te deja ver el paisaje y decides pararte. De pronto te das cuenta que la realidad externa choca contra tu deseo, contra tu realidad íntima de la que pocas veces eres consciente. Tengo que repetirte que te amo, que quiero vivir contigo, pero no sé cómo. He comprobado en mi silencio, las lágrimas en soledad son dulces. El trabajo aquí se acaba y no tardaré en tenerte en mis brazos, continuaremos hablando. Dile a Julia que pronto estaré ahí. Estás en mí.

Salamanca, 10 de marzo de 1989

Querido Joaquín:

He recibido, por fin, tus cartas. Creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte para toda tu vida en ese pueblo, de esa forma podrás vivir como tú quieres o, como dices, ahí podrás ser vida. No sé si estarás o no con otra mujer, como me aseguran mi hermana y mis amigas, pero la verdad es que después de todo este tiempo sin decir nada de nada, puedes hacer lo que te dé la gana. Yo no tengo ningún problema con mi vida, ni los tenía contigo, salvo las discusiones que más o menos todas las parejas tienen, pero ahora creo que me sería muy difícil tener confianza en ti. Sigo pensando que lo malo es no decirse las cosas.

Pues no me lo callo, ya estoy harta yo también, ¡vete a la mierda! Vas a saber lo que es bueno vivir solo. Y no se te olvide que tendrás que pasarnos una pensión a Julia y a mí. Si supieras lo que ha sufrido la pobre hija por tu culpa. Ya le he dicho que estás enfermo de los nervios y que tienes que vivir tú solo durante algún tiempo, y no se te ocurra contradecirme porque podría ser malo para la niña y ya sabes que yo por ella soy capaz de todo.

Ya te llegarán noticias de mi abogado. Hasta nunca.

